

Revista

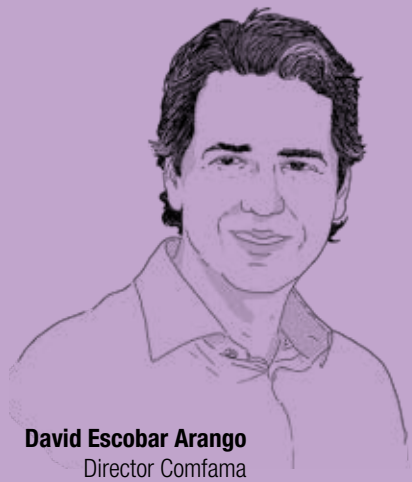
comfama

Edición N.º 518 · ISSN 2027-2715 · Medellín, julio del 2026
Revista coleccionable · DISTRIBUCIÓN GRATUITA



¡Lo lograron!

Con **coraje, esfuerzo y
apoyo** en el momento
correcto



David Escobar Arango
Director Comfama

La dulce compañía

«He sido un hombre afortunado en la vida: nada me resultó fácil».
Sigmund Freud

Hubo un momento en mi vida en que el suelo tembló. Me quedé sin trabajo —no vale la pena contar acá los detalles— y perdí también algo más difícil de nombrar: la certeza de saber quién era y para dónde iba. Más que un empleo, en aquella oportunidad sentí que perdía el camino, que me quedaba sin presente y, peor aún, sin futuro.

Al final, logré salir de esa crisis gracias a muchos apoyos, emprendí primero y después conseguí trabajo al cabo de varios meses. Un psicólogo me ayudó a ver, con paciencia y sin lástima, que seguía siendo capaz, que ese momento oscuro no era la medida de mi valor. Un mentor me dijo también algo que no quería oír: que me dispersaba con facilidad, que debía enfocarme, que el dolor no era excusa para seguir dando vueltas. Un amigo, inolvidable, me ofreció un trabajo de tiempo parcial que me permitió pagar las cuentas mientras encontraba el rumbo. No era un regalo que me hacía, era un acto de confianza. Él creyó en mí antes de que volviera a hacerlo yo mismo. El esfuerzo fue mío pero, sin ellos me habría quedado atrapado en el pantano.

En ese momento difícil, mi trabajo, mi capacidad y mi entusiasmo me ayudaron a salir adelante. Pero, como en todos los momentos clave de la vida de una persona, estén atados a problemas u oportunidades, pude avanzar gracias a otros. A gente e instituciones que confiaron, que me vieron detrás de la máscara de frustración y molestia que me invadía al ver fallar mis planes.

Cuento esto porque me parece importante ser honesto sobre algo que la narrativa del éxito individual suele callar: casi nadie avanza completamente solo. El esfuerzo es propio, la voluntad es intransferible, el mérito es de cada quien —nada de eso lo discuto—. Pero en los momentos más decisivos, lo que muchas veces inclina la balanza es que alguien esté ahí. Una palabra en el momento justo. Una mano que amortigua la caída. Una oportunidad que llega porque alguien estuvo en el lugar correcto, alguien confió.

La vida tiene esos momentos bisagra en los que un aliado hace toda la diferencia. Unos son saltos de fe y los otros son crisis. Unos son encrucijadas en las que un consejo o una oportunidad que aparece pueden elevar a una persona o familia social, económica, espiritualmente. Otros son los golpes de la vida que algunos superan gracias a su convicción y a una red de apoyo familiar o institucional. En esos instantes, la diferencia entre avanzar y quedarse quieto no es únicamente el mérito. Con frecuencia, la clave del progreso está fuera de nosotros.

Existe una narrativa muy extendida que carga sobre los hombros de cada individuo la responsabilidad total de su destino. Es un relato que a veces inspira, pero que también puede ser cruel, porque este país no ofrece el mismo punto de partida ni las mismas condiciones a todos. Hay territorios, espacios y momentos en los que las personas

no tienen acceso al mínimo necesario para expresar su talento y florecer. Hay fallas que el mercado no corrige y que el Estado no siempre alcanza a cubrir. Y en esas grietas, muchos sueños se quedan atrapados —no por falta de capacidad—, sino por falta de condiciones, por la ausencia del aliado correcto en el momento justo.

Aquí aspiramos a estar. No como protagonistas del viaje —ese lugar le pertenece a cada persona, cada familia, cada empresa—, sino como el aliado que aparece en el momento preciso. El mejor servicio de Comfama no aparece en el sitio web, consiste en ser capaces de ser esa «dulce compañía» de los antioqueños, que «no nos desampara ni de noche ni de día». Que un crédito ayude a comprar la vivienda que cambiará el futuro de una familia; que un subsidio permita estabilizarse y retomar una carrera interrumpida; que un programa ayude a una empresa a escucharse antes de perderse. Aspiramos a que ustedes, al usar uno de nuestros servicios o pasar por una sede o parque, obtengan más que un servicio: un escalón, un empujón cariñoso y la sensación de que no estén solos frente a los retos que la vida les plantea.

No queremos que la gente se sienta ayudada —en lo que nosotros consideramos importante— sino apo-

yada en sus propios sueños. No resolvemos la vida de nadie, pero estamos ahí cuando más lo necesitan nuestros afiliados. No buscamos reemplazar las capacidades de nadie; pretendemos multiplicarlas, apalancarlas, «hacerles barra». Cuidar desde la orilla de la piscina cuando alguien se lanza al agua por primera vez a los cincuenta años o acompañar con paciencia mientras alguien sostiene tres años de ahorro antes de recibir las llaves de su primera casa.

Eso es lo que se puede ver en las páginas que siguen: vidas que pasaron por Comfama y salieron distintas. No porque nosotros las hayamos transformado. Si no porque ellas decidieron transformarse, y, esto es quizás lo más hermoso de nuestro trabajo, nosotros estuvimos ahí.

Por eso los invito a una sola cosa: hablen de Comfama. En la mesa del comedor, en la reunión de equipo, entre amigos. Pregunten qué sueño lleva tiempo aplazado, qué proyecto necesita un empujón. Vengan, o manden a alguien que quieran. No para que lo resolvamos. Sino para no tener que cargarlo solos.

Yo tuve ese psicólogo, ese mentor, ese amigo. Ojalá todos tengan su Comfama.

La vida tiene esos momentos bisagra en los que un aliado hace toda la diferencia.

Cr. 48 20 - 114. Torre 2, piso 5, Medellín - Colombia. Teléfono: 360 7080

Consejo Directivo: Principales: Juan Rafael Arango Pava, Tomás Restrepo Pérez, Luz María Velasquez Zapata, Alejandro Olaya Dávila, Carlos Manuel Uribe Lalinde, Jorge Iván Díez Vélez, Luis Fernando Cadavid Mesa, Jaime Albeiro Martínez Mora, Lilliana María Sierra Herrera, Oswaldo León Gómez Castaño. Suplentes: María Adelaida Pérez Jaramillo, Juan Alberto Ortiz Alzate, Pamela Richter Gómez, Olga Lucía Arango Herrera, Octavio Amaya Gómez, Hernán Ceballos Mesa, Fabio Alonso Vergara Cardona, Juan Sebastián Barrientos Saldarriaga, Marcela Sañudo Vélez. **Director:** David Escobar Arango **Responsable Comunicaciones, marca y mercadeo:** Perla Toro Castaño. **Editor:** Roque Dávila **Redacción:** Lina Vélez, Perla Villa Rodríguez **Diseño:** Luis Salazar **Asesoría gráfica:** Julián Posada, María Patricia Cadavid y Maira Alejandra Builes **Asesoría temática:** Camilo López Arroyave, Paola Mejía **Corrección de textos:** Ojo de lupa **Fotografías:** www.federicoruiz.com y Cortesías **Preprensa e impresión:** El Colombiano **Circulación:** 160.000 ejemplares. Vigilado Superintendencia del Subsidio Familiar.

www.comfama.com · revista.comfama.com

Una publicación comfama

La Revista Comfama es un medio de comunicación educativo, de circulación gratuita, que tiene como objetivo generar conversaciones sanas y constructivas que transmitan valores positivos a través del poder del ejemplo y las historias.

Esta revista es posible gracias al apoyo de las empresas que confían en nosotros. Con historias protagonizadas en su mayoría por nuestros afiliados, esta publicación se concibe como un servicio que busca fomentar el disfrute y promover la lectura entre nuestros afiliados y beneficiarios en toda Antioquia.

¿Quieres dejarnos un comentario? Escribenos a revista@comfama.com.co



Únete a la comunidad de WhatsApp de Revista Comfama

Escanea este código QR y descubre un espacio para conversar y compartir ideas.



9.118
personas
participaron
en el programa
Camino a mi Casa
durante 2025.

Una casa empieza **mucho antes**

Para Juan Guillermo, el camino hacia su vivienda no empezó con la entrega de las llaves, sino mucho antes: en las cuentas, las decisiones pequeñas, los plazos que cambiaron y la paciencia que fue aprendiendo sobre la marcha.

Cuando a Juan Guillermo Serna Agudelo, de 28 años, le dijeron que el apartamento no estaría listo en dos años sino en tres, sintió que la vida se le desordenaba. No era solo esperar más. Era aceptar que algo planeado con disciplina —los ahorros, los tiempos, las renunciadas— ya no dependía solo de él.

Mucho antes de pensar en una vivienda, Juan había ensayado una forma particular de relacionarse con el tiempo. Cuando era adolescente, negociaba con su mamá, Liliana María, las horas frente al PlayStation. Le daban dos al día, pero a veces prefería guardarlas, como si el tiempo pudiera acumularse, para jugar más después.

Años más tarde, ya no se trataba de guardar horas para jugar, sino de ahorrar dinero, ánimo y paciencia para llegar a una casa.

Juan Guillermo creció viendo a sus papás construir la suya. En su familia, las conversaciones no siempre fueron sobre planos o acabados, sino sobre presupuesto, ahorro y cosas que había que aplazar para que el proyecto siguiera en pie.

Con el tiempo, tener vivienda dejó de ser un deseo lejano y se convirtió en

decisiones concretas. Durante años, mientras se quedaba en casa ahorrando, veía en redes sociales cómo otros paseaban y conocían el mundo. Cada mes hacía un presupuesto que cumplía a costa de negarse algunos gustos. Vivía con un archivo de Excel en la mente: calculaba cada compra y cualquier imprevisto que pudiera alejarlo de su objetivo.

Luego entendió que trabajar y ahorrar no bastaban. Empezó a consultar en internet cómo era el proceso, qué necesitaba para acceder a un crédito y cuánto debía reunir para la cuota inicial. Como había cosas que no comprendía, buscó asesoría financiera y legal para orientarse entre subsidios, créditos y escrituras.

Juan ya conocía Comfama por los cursos de baile y las Olimpiadas Empresariales de Oriente. Un día se acercó a la oficina de Tutucán con un camino de ahorros, presupuestos y búsquedas propias. Allí comenzó su postulación a Camino a Casa y entendió mejor los pasos que seguían. No empezó de cero ni encontró una solución inmediata: pudo ordenar, con más información, un proceso que ya estaba en marcha.

Después de tres años de ahorro, en diciembre de 2025 recibió una llamada:

había sido seleccionado para recibir el subsidio de vivienda. La noticia no borró la incertidumbre, pero confirmó que el plan podía avanzar.

El apartamento, ubicado en Rionegro, seguía sin estar listo en el tiempo previsto. Durante ese año adicional hubo frustración, sobre todo cuando comparaba su proceso con el de otros o cuando los tiempos reales no coincidían con los imaginados.

Siguió levantándose temprano para trabajar. También, revisaba el estado del proyecto o seguía haciendo cuentas para confirmar si todo seguía siendo posible.

Falta poco para recibir las llaves. Todavía hay tiempos que no controla y gastos que sigue calculando. Sin embargo, después de estos años, ya sabe que **hacer realidad una casa es aprender a sostener un proyecto mientras eso ocurre.**

¿Qué te ayuda a seguir cuando un proyecto importante no avanza al ritmo que esperabas?

Aprender a nadar



Clara Inés aumentó su confianza en sí misma y ahora disfruta del agua con tranquilidad.

a los

Durante años, Clara miró el agua desde la orilla, cuidó bolsos en los paseos y encontró excusas para no entrar a la piscina. Al cumplir 50, se preguntó: ¿quería envejecer con miedos y llegar al final de la vida sin atreverse?

50

Clara Inés Ciro López encontró durante años razones para mantenerse lejos del agua.

Las invitaciones a paseos con piscina o mar casi siempre terminaban en una excusa. No era desinterés: el miedo había convertido el agua en un lugar para mirar desde la orilla.

Mientras trabajaba en Leonisa y construía su vida en Belén Rincón, mantenía una deuda pendiente consigo misma: aprender a nadar y meterse al mar. Nadie se lo exigía, pero cada vez que rechazaba un plan o veía a otras personas disfrutar del agua con naturalidad, ese deseo reaparecía. No era una urgencia como las de la casa o el mercado. Era una de esas cosas propias que la vida adulta va dejando para después.

A los 50, aplazarla empezó a pesarle. La pregunta ya no era solamente si todavía estaba a tiempo de aprender, sino cuánto más permitiría que el miedo decidiera por ella.

Antes de inscribirse a una clase, Clara comenzó a acercarse a la piscina de niños: primero las piernas, luego las rodillas y después un poco más. Llevaba tiempo ensayando su propia manera de aproximarse a aquello que había evitado.

Un sábado llamó a Comfama y preguntó por las clases de natación. Eran en la mañana, en Comfama San Ignacio, y llegar desde Belén Rincón le tomaba cerca de una hora. Su esposo cuidaba a su hijo mientras ella cruzaba la ciudad para reservarse ese espacio.

El primer día no solo tuvo que enfrentarse al agua. También le incomodaba usar traje de baño y sentirse expuesta frente a otras personas. Mientras algunos compañeros parecían avanzar con facilidad, cada movimiento le exigía un esfuerzo enorme.

Por momentos, la frustración estuvo a punto de convencerla de abandonar. **Aprender también significaba aceptar la torpeza de empezar, la lentitud y la incomodidad de no saber.**

Durante seis meses fue y volvió a la piscina, incluso cuando compararse con otros la desanimaba. Continuó intentando aquello que durante años había evitado.



«Fue una felicidad inmensa. Para mí fue un logro gigante, como si hubiera ganado una maratón. Recibí muchas felicitaciones de mi familia por haber vencido mis miedos».

Vencer el miedo al agua le permitió mirar de otra manera otros límites que había aceptado como permanentes. Después se inscribió en cursos de baile. Al principio sentía vergüenza; hoy ya no se queda sentada cuando empieza la música en una fiesta.

¿Qué deseo has postergado por miedo?



36.512

personas en Antioquia han disfrutado de los cursos de natación de Educación para la Vida en 2026.

Cuando estudiar dejó de parecer imposible

Wilmer Arley Ramírez, de 37 años, creció en una familia campesina convencido de que su destino ya estaba escrito. Una beca de Comfama y la Fundación Fraternidad Medellín le mostró que el estudio también podía ser parte de su camino.

Wilmer nació en Urrao, creció entre fincas y animales y terminó el bachillerato en Bolombolo. Empezó a trabajar en el campo y ser mayor-domo de una finca le parecía el camino natural, el mismo que habían recorrido sus padres. Por las condiciones económicas de su familia, estudiar una carrera nunca había parecido posible.

Durante años, Wilmer no pensó que estuviera renunciando a estudiar. Simplemente creía que esa posibilidad no era para él.

En 2018, mientras caminaba con su hijo por Rio-negro, vio un aviso sobre un programa de formación en logística. Como no tenía dónde anotar, le pidió al niño que memorizara el número. Horas después, al terminar su jornada como auxiliar en

el aeropuerto José María Córdova, llamó.

Le hablaron de una beca apoyada por Comfama y la Fundación Fraternidad Medellín para estudiar una técnica. La ayuda podía resolver el obstáculo económico que durante años había dejado el estudio fuera de sus posibilidades.

Wilmer se postuló sin muchas expectativas y, pocos días después, le anunciaron que había sido seleccionado.

La beca abrió una posibilidad que no había imaginado para sí mismo. Después de terminar la técnica, decidió continuar con una

tecnología en Uniminuto mediante otra beca.

Estudiaba los sábados de seis de la mañana a seis de la tarde, después de semanas completas de trabajo. A veces terminaba un turno de madrugada, se bañaba y viajaba hasta Bello para asistir a clase.

El camino no fue lineal. Durante la pandemia contrajo COVID-19, estuvo hospitalizado y necesitó oxígeno. La universidad le entregó un computador para que pudiera continuar estudiando.

Más adelante sufrió un accidente de moto y tuvo que usar un cuello ortopédico. Durante la recuperación, continuar fue posible gracias

Wilmer convirtió una oportunidad de estudio en una transformación de vida.

21.705

personas recibieron beneficios para acceder a estudios posteriores al bachillerato a través de Comfama en el 2025.

a su esposa, quien lo acompañaba a clase y tomaba apuntes por él. La formación amplió sus posibilidades laborales. Primero fue auxiliar logístico, después jefe de planta en una empresa de aceites y hoy trabaja como coordinador logístico. También piensa en hacer una especialización o estudiar Ingeniería Industrial.

Cuando mira el camino recorrido, entiende que el mayor cambio no fue solamente conseguir nuevos empleos. Fue dejar de pensar que su origen definía hasta dónde podía llegar.

«Yo siento que vengo cortando un ciclo. No porque trabajar en el campo sea malo, sino porque descubrí que también podía hacer otras cosas», dice.

¿Qué cambia cuando estudiar puede ser posible?

Los caminos que impulsaron una transformación



El crecimiento de la finca La Macarena comenzó a sentirse cuando se digitalizaron los procesos con la asesoría de Comfama, cuando las y los recolectores salían a tiempo a sus casas y la operación crecía.



La Macarena decidió entonces digitalizar su gestión agrícola. La inversión generaba dudas y también preocupaba que algunos trabajadores no se adaptaran a las nuevas herramientas. Un primer piloto mostró que el conteo podía hacerse más rápido, el pesaje con mayor precisión y la información estar disponible casi de inmediato.

Como empresa afiliada, La Macarena conoció la posibilidad de recibir acompañamiento de Comfama durante la implementación del sistema Sofía Gestión Agrícola. Este sistema permitía ordenar y gestionar los requerimientos normativos, las buenas prácticas agrícolas, el control de rendimientos y la gestión de cosecha.

«Nunca nos sentimos solos. Siempre hubo alguien dispuesto a responder una llamada o ayudarnos a resolver cualquier dificultad», cuenta Víctor.

Actualmente, la empresa puede seguir la cosecha mientras ocurre, saber cuánta fruta irá al mercado nacional, cuál será exportada y cuánto producto permanecerá en la finca. Además, puede calcular mejor la cantidad de trabajadores que necesita durante cada temporada.

El cambio también se nota en el horario de Daniela. Ya no termina a las ocho de la noche. Sale alrededor de las cuatro y media de la tarde, junto con el resto del equipo administrativo.

«Eso nos alegra mucho», dice Víctor. **«La tecnología nos ayudó a ser más eficientes, pero también les devolvió tiempo a las personas».** Al final, ese era uno de los resultados que más esperaban. Ahora, cuando termina la cosecha, Daniela también puede cerrar su jornada.



Al final de cada cosecha, cuando los recolectores ya habían regresado a sus casas, Daniela seguía frente a una mesa llena de planillas. Los camiones esperaban para salir y bastaba un dato mal registrado para tener que revisar hojas, rehacer cuentas y sumar otra vez los kilos recogidos durante el día. Muchas veces su jornada terminaba entrada la noche.

Lo que había funcionado durante años para una finca pequeña empezó a mostrar sus límites cuando La Macarena creció hasta alcanzar cerca de cien hectáreas dedicadas a la producción de aguacate.

«Sentimos que el control se nos estaba saliendo de las manos», recuerda Víctor Yepes, gerente de la empresa. Registrar las cosechas, pesar la fruta y consolidar la información tomaba cada vez más tiempo. Los datos llegaban tarde y planear la operación se hacía más difícil.

35
empresas
de Antioquia
han recibido
acompañamiento
este año del
programa Fomento y
Desarrollo Empresarial
de Comfama.

¿Cómo puede la tecnología ayudar a que una empresa crezca sin extender la jornada de quienes trabajan en ella?

Cuando cuidar **no depende de** una sola persona

Cuando la separación
desacomodó su vida,
Indy Salazar tuvo
que reorganizarlo
todo a la vez,
cuidar a su hija,
mantener activo su
emprendimiento
y continuar
estudiando.

Indy se despierta a las cuatro de la mañana.

A esa hora, la casa todavía está en silencio. Prepara el desayuno, organiza la lonchera de Mary Antonia, responde mensajes de clientes de su emprendimiento y adelanta tareas.

Después de la separación, esa manera de organizar el día se volvió indispensable. Indy tuvo que atender procesos jurídicos en la Fiscalía y en la Comisaría de Familia mientras mantenía activa su repostería, hacía trabajos ocasionales como auxiliar administrativa y se preparaba para presentar el concurso docente.

Aprendió a trabajar y estudiar en los bordes del día: antes de que su hija despertara, durante las pausas y cuando la casa volvía a quedar en silencio.

Su red de apoyo existe, pero tiene límites: sus hermanos trabajan, su madre enfrenta problemas de salud y pagar a alguien para cuidar a Mary Antonia no siempre es posible. Cualquier cita, diligencia o imprevisto podía desordenar de nuevo un equilibrio ya frágil.

Cada mañana, madre e hija caminan quince minutos desde Moravia hasta Comfama de Aranjuez, un trayecto que Indy conoce desde niña. Cuando Mary Antonia entra al preescolar, una parte del tiempo de Indy deja de estar ocupada exclusivamente en el cuidado.

«Ha sido un apoyo inmenso», relata Indy. «En ese momento en el que todo se desacomodó, en el que tenía más dudas que certezas y sentía que las responsabilidades se multiplicaban, el preescolar fue clave. Mientras ella aprende y disfruta, yo puedo trabajar, estudiar o dedicarme a la repostería. Es un tiempo que, de alguna manera, vuelvo a tener para mí».

También encontró en el preescolar un equipo psicosocial que la escuchó y la orientó durante los procesos familiares y jurídicos.

En ese mismo periodo accedió al subsidio al desempleo y decidió invertirlo en su emprendimiento de repostería, una de las alternativas con las que buscaba generar ingresos y construir estabilidad.

Indy todavía se levanta a las cuatro de la mañana y organiza buena parte de su vida en los bordes del día. La exigencia no ha desaparecido. Pero, durante unas horas, el cuidado de Mary Antonia ya no depende únicamente de ella.

4.823

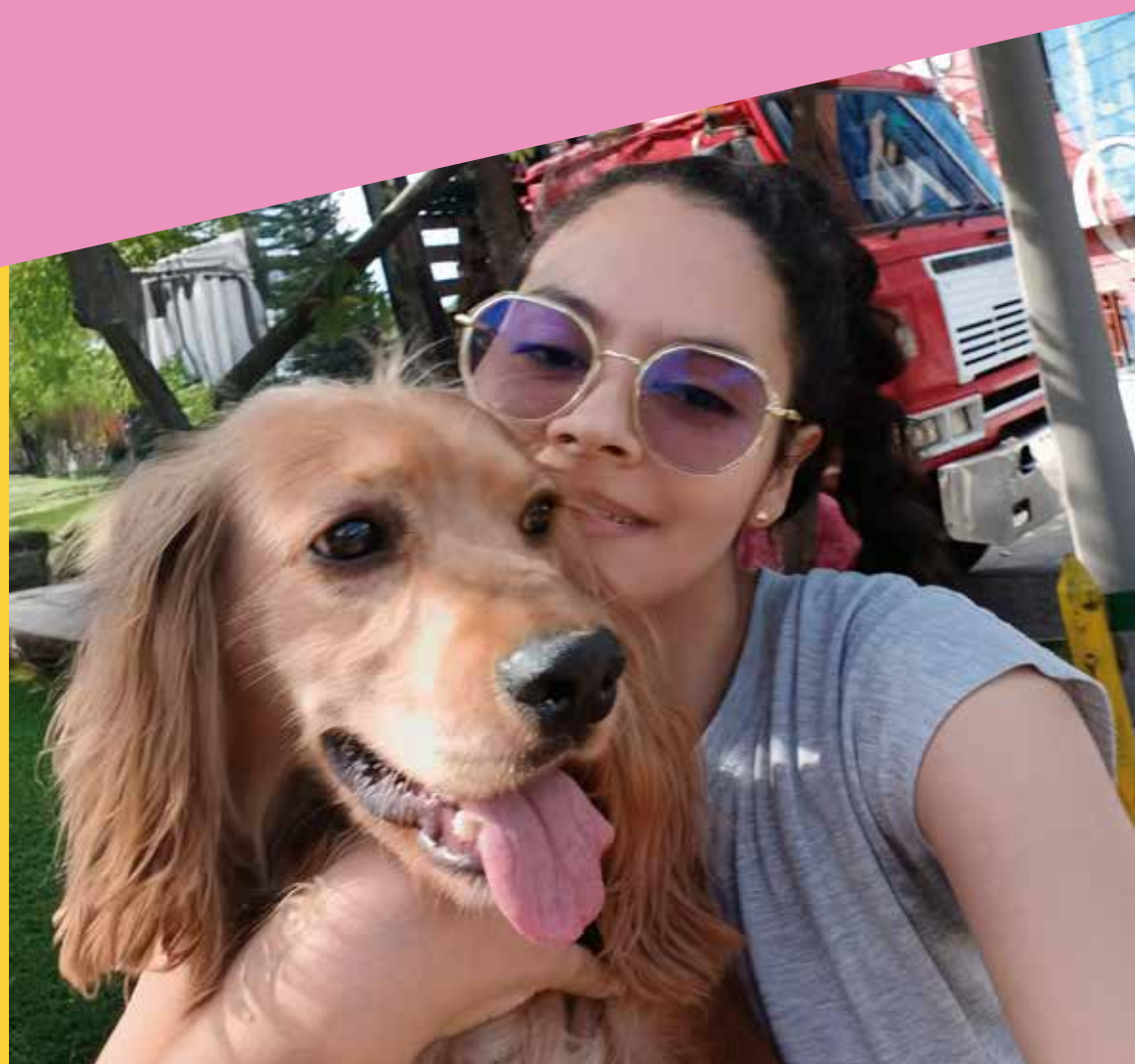
atenciones a la primera infancia
realizamos en preescolares durante 2025.

**¿Qué has
podido sostener
cuando alguien te
ayudó a cuidar?**

Indy sigue
construyendo futuro
para ella y su hija.

La puerta estrecha del primer empleo

Al terminar el colegio, Angie Gutiérrez Sánchez creyó que el siguiente paso sería la universidad. No pudo ser. Las dificultades económicas la obligaron a buscar empleo para aportar en casa y empezar a abrirse camino por otra vía. Pero cada búsqueda la enfrentaba al mismo muro: las vacantes pedían experiencia y ella todavía no sabía cómo nombrar lo que podía ofrecer.



Más que encontrar trabajo, Angie aprendió a valorar lo que ya sabía hacer.

Angie quería estudiar Ingeniería Ambiental y trabajar algún día por el cuidado del planeta. Como continuar de inmediato en la universidad no era posible, decidió concentrarse en encontrar empleo y reunir las condiciones para volver más adelante.

Era su primer paso fuera del colegio y también la entrada a un mundo que desconocía. Trabajar no representaba solamente recibir un salario: era la posibilidad de asumir nuevas responsabilidades, aportar en su casa y evitar que sus planes de estudio quedaran suspendidos indefinidamente.

La búsqueda empezó a frustrarla. Necesitaba aportar ingresos a su hogar, pero para trabajar le exigían experiencia y, para obtenerla, primero debía recibir una oportunidad.

«Lo más difícil ha sido encontrar vacantes dirigidas a personas sin experiencia o que reconozcan otros aprendizajes, incluso los informales», cuenta.

Angie enviaba hojas de vida y asistía a entrevistas, pero antes de cada una pensaba más en lo que le faltaba que en lo que podía ofrecer. Una pregunta la dejó sin saber qué responder:

—¿Con qué palabra te definirías?

No era que no tuviera capacidades. Todavía no sabía reconocerlas, ordenarlas ni convertirlas en una respuesta frente a un posible empleador. Había terminado el colegio, aprendido por su cuenta y sostenido responsabilidades cotidianas, pero no entendía cómo relacionar esas experiencias con una vacante.

Fue su hermana quien le habló del Servicio de Empleo Comfama. Angie se inscribió y asistió a la primera mentoría con nervios. Incluso conectarse le producía ansiedad. Aun así, se quedó.

79.986
personas
recibieron
formaciones
de empleo
en Comfama
durante 2025.

Durante seis meses llevó sus dudas, ensayó respuestas, revisó la manera en que hablaba de sí misma y continuó enviando hojas de vida, revisando ofertas y enfrentando entrevistas.

Empezó a anticipar preguntas difíciles, preparar lo que quería decir y construir un listado de habilidades según cada empleo. También aprendió que la experiencia no comienza únicamente con un contrato: se forma al estudiar, resolver problemas, aprender por cuenta propia y asumir responsabilidades.

Todavía no ha conseguido el primer empleo que busca, pero ya no llega a las

entrevistas pensando solamente en lo que le falta. **Ahora identifica capacidades que antes pasaba por alto y sabe cómo relacionarlas con las necesidades de cada cargo.**

**¿Cómo
compartes
aquello que
sabes hacer?**

El tiempo también se aprende A HABITAR

Cuando el trabajo dejó de marcar sus días, Silvia Velásquez empezó a buscar nuevas formas de ocupar el tiempo: aprendió puntadas por internet, ensayó recetas y convocó reuniones familiares. En ese camino llegó a un costurero en la Biblioteca Otraparte, sin saber que volvería cada miércoles.

Durante décadas, Silvia Velásquez organizó su vida alrededor del trabajo: preparó pasabocas, decoró tortas, atendió pedidos y sacó adelante a sus dos hijas. Siempre tuvo algo para hacer, una reunión que preparar, una llamada pendiente. Por eso, cuando se pensionó, el trabajo disminuyó y sus hijas hicieron su propia vida, apareció una pregunta nueva: ¿qué hacer ahora con tanto tiempo?

Para Silvia, hoy de 73 años, no era un asunto menor. No le costaba estar sola. Todo lo contrario. «Yo huía mucho de tener muchas amistades. Me gusta seleccionar mis amistades y la soledad me parece maravillosa», dice. Pero le preocupaba perder la sensación de propósito que durante años le había dado el trabajo.

Una cosa era elegir la soledad

y otra descubrir que los días se habían vuelto monótonos.

Durante año y medio, Silvia buscó sus propias maneras de darles forma. Leyó libros, aprendió por internet nuevas puntadas de crochet y se impuso retos de tejido. Luego hizo algo parecido con la cocina: probó recetas, recibió algunos encargos y convocó reuniones familiares, aunque las agendas no siempre coincidieran.

Así fue construyendo una rutina sin el trabajo como centro. Había encontrado maneras de mantenerse activa y seguir aprendiendo, pero buscaba algo distinto: **un lugar fuera de casa y personas con quienes compartir una parte de sus tardes.**

Un día vio salir a Yaneth, una vecina de su edificio.

—¿Para dónde vas?
—Para un costurero de Comfama.
—¿Será que puedo ir?
—¡Claro, querida!

La noche anterior preparó algunas telas, agujas y proyectos empezados. Llegó temprano a la Biblioteca Otraparte con la incertidumbre de quien entra por primera vez a un grupo ya formado: si las demás serían amables, si tendrían algo en común, si habría un lugar para ella.

Yaneth le presentó a Gloria y a Luz Gladys. Mientras encontraba una silla, Silvia intentaba entender qué era exactamente un costurero literario, algo muy distinto a lo que imaginaba.

Antes de sacar agujas e hilos, una profesora comenzó a leer en voz alta. Silvia pensó que asistiría a una clase de costura. En cambio, **descubrió que los libros abrían conversaciones sobre recetas heredadas, recuerdos de infancia, proyectos y preguntas que todavía la acompañaban.**

La tarde pasó tan rápido que, cuando miró el reloj, ya eran las cuatro.

Han pasado cinco años y Silvia sigue llegando cada miércoles, antes de la 1:30 p. m., a la Biblioteca Otraparte. Ya sabe dónde sentarse, a quién va a ver y qué conversaciones pueden aparecer.

No siempre son las mismas, pero hay algo que se repite: alguien empieza a hablar y las demás escuchan.

¿Qué lugar en tu vida se ha convertido, sin que lo planearas, en un espacio de amistad?



Silvia llegó buscando una actividad para sus tardes. Se quedó por los libros, las historias y las amistades que encontró entre agujas e hilos.

Hace seis años nació el Costurero Literario en la Biblioteca Otraparte como una apuesta por ampliar las formas de entender la lectura, el conocimiento y la cultura.

Una segunda oportunidad cerca de casa



Un momento desafiante le recordó a Maile la importancia de ponerse en primer lugar.



Este año la Clínica Panamericana recibió el Premio Nacional por su "calidad y humanización que transforman la atención en salud" por parte del Ministerio de Salud.

¿Qué estás dejando para después cuando se trata de tu salud?



A los 39 años, Maile Ester sobrevivió a una emergencia cerebrovascular que pudo costarle la vida o dejarle secuelas permanentes. La insistencia de su familia la llevó a buscar una segunda atención, y en la Clínica Panamericana pudo recibir atención especializada sin salir de Urabá.

Primero sintió calor; después, apareció una sombra negra en la vista y un dolor de cabeza intenso. Maile Ester alcanzó a levantarse, encendió el ventilador y llamó a un compañero de trabajo. Eso no era normal, pensó. Fue lo último que recordó antes de desplomarse sobre su escritorio.

Cuando despertó estaba en una camilla. Buscó el celular para avisarles a su hijo y a su hermana que la llevaban a una clínica. Horas más tarde regresó a casa con un diagnóstico de migraña, pero a la mañana siguiente su mamá notó que algo seguía mal: Maile buscaba la nevera y terminaba abriendo los cajones de la cocina.

Su familia decidió no esperar más y la llevó a la Clínica Panamericana, en Apartadó. Allí, una tomografía confirmó la gravedad de lo que ocurría:

dos aneurismas se habían roto y dos arterias del cerebro estaban comprometidas. No fue necesario trasladarla a Medellín. Ese mismo sábado fue atendida por un equipo especializado que hizo allí la primera cirugía.

Tres días después necesitó una segunda cirugía. Antes de entrar al quirófano, los médicos prepararon a su familia para dos posibles desenlaces: Maile podía perder la vida o quedar con secuelas permanentes.

Tras 21 días de hospitalización, salió caminando, hablando y recordándolo todo.

Para Maile, la atención cerca de casa también hizo parte de la recuperación. **No tuvo que atravesar la emergencia lejos de Urabá ni separada de su red más cercana.** Su esposo, su hijo, sus hermanos

y otros familiares pudieron turnarse para acompañarla durante la hospitalización. «Sentir a mi familia cerca me dio mucha fuerza. Además, evitó los costos y las dificultades que habría significado trasladarnos a otra ciudad», recuerda.

Sobrevivir cambió la manera en que Maile se relaciona con su salud. Antes solía dejarla para después: se saltaba el desayuno, traspasaba y aplazaba consultas.

Después de la hospitalización empezó a organizar sus horarios de alimentación, tomar más agua, incluir frutas y verduras, dormir más temprano y seguir con mayor disciplina las recomendaciones médicas. **La emergencia le mostró algo que ya no quiso olvidar: cuidarse no podía seguir ocupando el último lugar.**

292.000 **atenciones** realizó la Clínica Panamericana, en Urabá, durante 2025.

Seis décadas y una **conversación** nueva

Después de sesenta años de historia, Nuvant entró en una etapa de transición: un nuevo equipo gerencial, una estrategia corporativa renovada y nuevas formas de trabajar. La compañía sabía que un cambio de esa escala solo se sostiene si las personas que la construyeron lo caminan con ella.

Una estrategia y un nuevo liderazgo pueden señalar el rumbo de una organización.

Pero el rumbo se recorre con personas, y las personas necesitan reconocerse en él. Esa fue una de las primeras conclusiones de Nuvant, una compañía textil que en seis décadas construyó confianza en sus clientes y una manera propia de hacer las cosas, y que entraba a una etapa distinta sin que esto representara poner en riesgo su trayectoria y experiencia.

La transición ocurrió en tres momentos encadenados. Primero, el relevo del equipo gerencial. Después, la definición de una estrategia corporativa que ordenó las prioridades del negocio

La fuerza de trabajo de Nuvant es el foco de las transformaciones.

para los años siguientes. Y de forma inmediata, una pregunta que no se podía aplazar: ¿la cultura construida durante sesenta años estaba lista para acompañar ese ritmo?

«Nos dimos cuenta de que no podíamos tener una estrategia muy avanzada y una cultura caminando por otro lado», recuerda Liliana Salazar, gerente de Desarrollo Organizacional.

En lugar de resolver esa pregunta desde la dirección, la empresa decidió involucrar con mayor intención a los equipos. Abrió espacios de conversación en distintas áreas y niveles, con una consigna sencilla: escuchar antes de decidir.

En esos espacios aparecieron temas que no estaban en la agenda estratégica, pero sí en la vida cotidiana de las personas. Dos se repitieron: la posibilidad de contar con oportunidades para formarse en temas asociados al negocio y la opción de hacer carrera dentro de la compañía. Muchas personas habían crecido allí durante años, pero algunas veces los caminos no siempre eran visibles ni se conversaban con esa intención.

Esa distancia entre lo que la empresa ofrecía y lo que las personas alcanzaban a ver fue, quizás, el hallazgo más útil de todo el proceso. También se convirtió en una premisa para confirmar que la experiencia acumulada no era un obstáculo para el cambio, sino la base sobre la cual el cambio podía sostenerse.

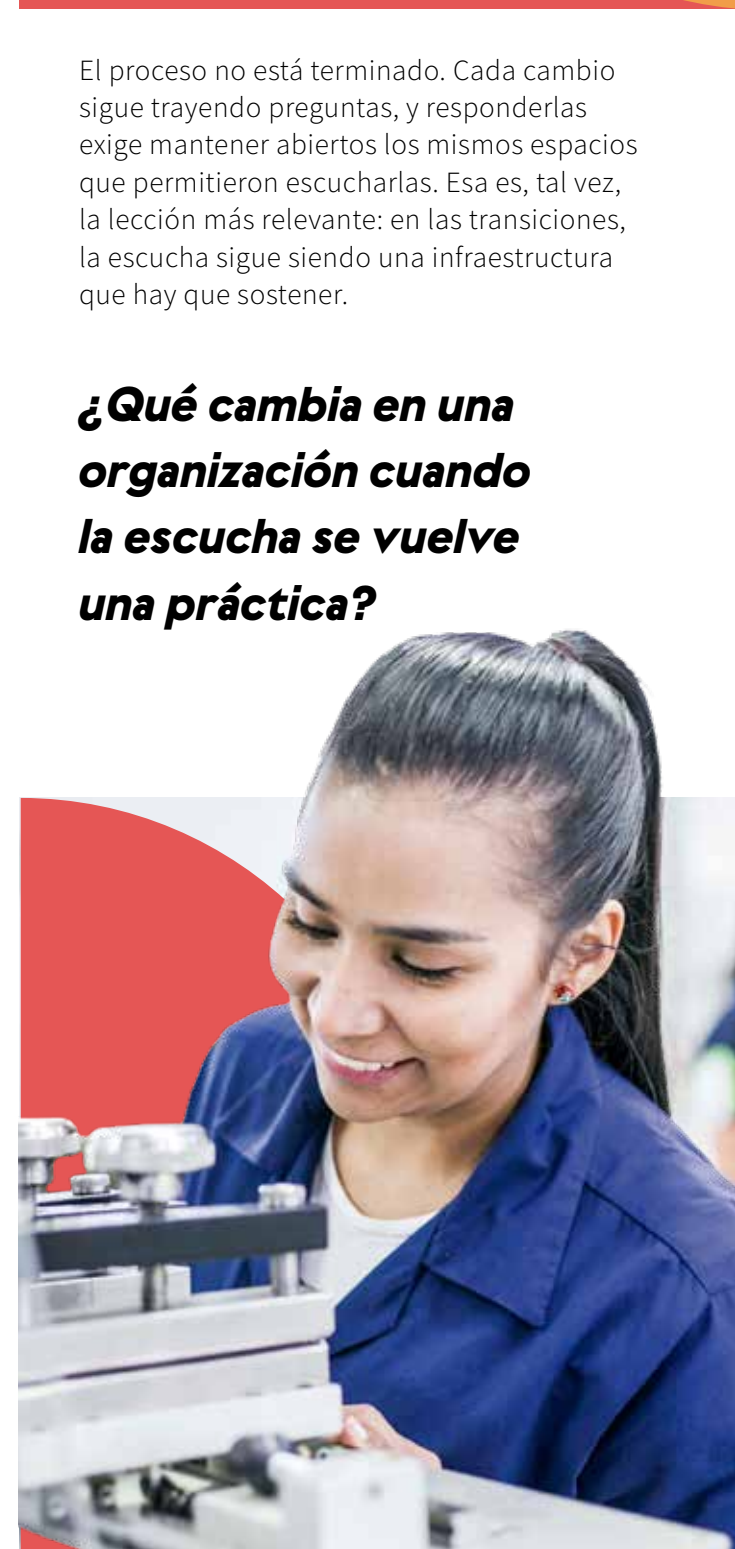
Para ordenar esas preguntas, Nuvant buscó también una mirada externa. En 2023, Liliana tuvo su primer acercamiento empresarial con Comfama, con el interés de entender qué podía aportarle a la organización en ese momento. En Empresas Conscientes encontró mentorías, grupos focales y espacios de diálogo que ayudaron a profundizar y ordenar las conversaciones que la empresa ya venía teniendo sobre su cultura y su manera de crecer.

La escucha se tradujo en decisiones. Desde 2024, la compañía ha impulsado 56 promociones internas y ha abierto caminos de desarrollo del potencial de sus colaboradores.

«Si no hubiéramos resignificado nuestra cultura, habría sido más difícil lograr la aceptación de las nuevas formas de trabajar», asegura Liliana.

El proceso no está terminado. Cada cambio sigue trayendo preguntas, y responderlas exige mantener abiertos los mismos espacios que permitieron escucharlas. Esa es, tal vez, la lección más relevante: en las transiciones, la escucha sigue siendo una infraestructura que hay que sostener.

¿Qué cambia en una organización cuando la escucha se vuelve una práctica?



Pensar en quienes se quedan

La pérdida de un ser querido significa reorganizar la vida. Aparecen gastos, decisiones y responsabilidades que antes eran compartidas. La experiencia de una amiga llevó a María Antonia Álvarez a entender que un seguro de vida puede ofrecer margen para reorganizarse cuando una pérdida cambia la vida.

Como amiga, María Antonia fue testigo de cómo una decisión tomada años atrás ayudó a Diana en uno de los momentos más difíciles de su vida. Cuando Sebastián solicitó un crédito en Comfama, decidió incluir un Seguro de Vida que le fue ofrecido durante el proceso. Ese seguro estaba pensado para proteger a la persona beneficiaria en caso de fallecimiento. Cuando él murió, Diana recibió ese respaldo.

Antes de recibirlo, Diana compartía con Sebastián buena parte de los gastos del hogar. También tenía preocupaciones que parecían pequeñas frente a la pérdida, pero que ocupaban un lugar importante en su proceso.

Para Diana era importante arreglar la tumba, llevarle flores y convertir ese lugar en un espacio digno para recordarlo. No obstante, sabía que ahora debía reorganizar sus gastos y que esas necesidades podían quedar en segundo plano.

La activación del seguro le dio margen para asumir gastos que antes compartían, acceder a terapia psicológica y conservar algunos de los rituales

que la ayudaban a atravesar la ausencia, como cuidar la tumba de Sebastián y llevarle flores.

Entonces María Antonia entendió algo que nunca había pensado de esa manera: un seguro no se trata solamente de dinero. También puede ofrecer respaldo cuando la vida se desordena.

«Yo digo que el duelo es tan difícil de entender porque parece que a uno se le para el tiempo. Sin embargo, la vida te obliga a seguir», reflexiona.

Ver lo que vivió Diana la llevó a hacerse una pregunta que no se había hecho: ¿qué pasaría con las personas que ama si ella faltara? Lo entendió una tarde que la acompañó a comprar algunos elementos para arreglar la tumba de Sebastián. Habían descartado unas lámparas porque se salían del presupuesto. Minutos después llegó la consignación del Seguro de Vida y Diana con lágrimas en los ojos le dijo: «entonces sí podemos comprarlas».

En ese instante, María Antonia pensó en sus padres, en su esposo y en su sobrina. Pensó

\$7.737 millones

desembolsamos en 2025, representados en 65.354 Seguros Comfama para acompañar los hogares antioqueños.



María Antonia entendió que un seguro también puede ser una forma de cuidado.



en las cuentas que seguirían llegando, en los gastos inesperados que aparecen después de una muerte y en la importancia de que sus seres queridos tuvieran algún margen para sentir antes de tener que resolverlo todo.

«Quiero que, si algún día me pasa algo, ellos tengan un respaldo para reorganizarse emocional y económicamente. Que puedan hacerse cargo de un gasto, pagar una terapia o simplemente darse el tiempo para vivir el duelo sin que la vida los obligue a seguir corriendo porque las cuentas no paran».

Por eso decidió adquirir su propio seguro de vida. No por miedo a la muerte, sino por la posibilidad de dejar una protección prevista para quienes ama.

¿Qué quisieras dejar previsto para quienes amas?

LO NATURAL ES DIVERSO^{2.0}

Diálogos sobre
inclusión en una era
hiperconectada

Septiembre
7 de 2026

Entre
diagnósticos,
consejos y
pantallas,
¿cómo acompañarnos
mejor en familia?

Haz parte de la conversación.
Inscripciones en **comfama.com**

Apoya:



Organiza:

comfama

Vigilado Superintendencia